ANGEL

La escenografía natural contribuía a realzar lo tétrico del momento.

La habitación estaba vacía de gente. Sólo algunas cosas daban noción de las dimensiones por su ubicación. Me parece estar viéndolo.

A pesar de que Emilio hizo lo posible por despegar su relato de subjetividades y adjetivos yo lo estoy registrando todo con lo que creo que es la verdadera realidad de la situación.

Una pequeña ventana, a manera de ventiluz, a la izquierda de la puerta de acceso, en forma alternada pero sin ritmo permitía al sol jugar a las sombras con los pocos elementos que la poblaban.

Dos banquetas, una distinta a la otra y una mesa rectangular de acero que, con la escasa luminosidad, de a ratos brillaba haciendo resaltar el bulto que se encontraba sobre ella.

Él llevaba un impermeable con el cinturón desatado y ella un paraguas negro que debe haber resistido a algún que otro viento a juzgar por su estado. Entraron a ese sitio más que por impulso como si los hubiera transportado una cinta sinfín. Remedaban a dos maniquíes desvencijados de esos que a veces suelen verse en las viejas tiendas del barrio, estáticos, tiesos.

La mirada de Ángel recordaba la de Pierrot. A pesar de parecer un niño saludable los surcos de su cara dramatizaban más aún su expresión. Siempre había sido llorón. Desde muy pequeño. Los vecinos del departamento donde vivían comentaron que se hacía difícil soportar el llanto, los ruidos y gritos que habían motivado reiteradas quejas que nunca tuvieron respuesta.

Aunque, dijeron que las cosas habían ido mejorando pensaron también que a lo mejor ya se habían acostumbrado a esos hechos.

Elsa, la madre, tuvo que enfrentarse a distintas e insistentes interpelaciones en los lugares donde hacían las compras habituales respecto a los sucesos de cada noche y por cada una recibía inútiles consejos que jamás pondría en práctica.

Pedro parecía huidizo. A veces lo veían por la mañana rumbo a su trabajo y nadie recordaba haberlo visto cuando regresaba pero vaya que lo reconocían por sus gritos e improperios.

Fue en la época del ingreso al jardín de infantes. El lugar no reunía diferencias significativas con los otros de su especie. Ángel debía presentar junto a la solicitud de ingreso un informe de aptitud física. Como su padre no trabajaba en relación de dependencia carecía de una cobertura que le permitiera una atención programada y sistemática y menos aún la consulta privada. Por ello un día llegó al consultorio externo del hospital de niños. Puede decirse que tuvo suerte. La Dra. María quedó atrapada por la mirada del niño y pareció comprender su lenguaje.

La crónica de su vida no tenía demasiada diferencia con la de la mayoría de los chicos a no ser por algunos detalles que parecieron preocuparle a la profesional.

La profusa cantidad de cicatrices, la escasa movilidad del codo derecho y el hecho que muy pocas veces no dejaba restos de excremento en su ropa interior. Profundizando el interrogatorio su mamá, creía que el haberlo estimulado demasiado temprano daba ese resultado al no estar tan maduro como para lograrlo. Insistió en sus torpezas motrices cayéndose frecuentemente al correr pero respondió que lo del codo se debió a una caída por la escalera del edificio y que lo habían resuelto con un cabestrillo casero. La Rx mostraba una fractura mal consolidada.

La Dra. María envió un informe al jardín en un sobre cerrado acompañado de un anexo en iguales condiciones. Le pidió que concurriera con regularidad a las consultas programadas para tratarlo en esos temas que requerían acompañamiento profesional.

La Lic. Goldberg recibió la interconsulta en el departamento de psicopatología infantil indicándoles una terapia familiar. A los dos meses y medio dejaron de acudir.

Una noche llega a una guardia de emergencias un niño politraumatizado.

Casi inconsciente, cubierto de sangre y magullones ingresaba a Terapia Intensiva un niño de 5 años.

El interrogatorio reveló una caída desde la mesada de la cocina a la que se había subido para alcanzar una lata de galletitas que estaba escondida.

Resultó dudoso el relato por la magnitud de las lesiones.

El residente a cargo del niño dudó en pedir la intervención policial y por ello consultó al jefe de residentes del día.

Al niño, al interrogarlo, no hubo manera de obtener información sobre lo sucedido.

Se sometió a voto si se denunciaba o no el hecho y la mayoría decidió NO.

Se fue de alta y se citó a la familia para reiniciar el tratamiento suspendido. Al no responder decidieron hacerlo por correo pero tampoco hubo respuesta. La historia de Ángel quedó archivada.

Pasó el tiempo y poco más de un año después, en una helada madrugada Ángel fue traído a la guardia de emergencias minutos antes de que se produjera su deceso. Impresionaba el estado en que su cuerpo se había quedado. Se comprobaron fracturas múltiples.

El bulto estaba cubierto por una sábana blanca agujereada y remendada en otros sitios pero limpia, inmaculada.

Los gritos desesperados de Elsa hicieron que la policía que había sido convocada por este hecho entrara en el lugar.

Frente al bulto, Pedro, con furia incontenida arremetía a golpes de puño, como poseído, sobre los pobres despojos de lo que había sido su hijo.

Fue esa la única vez que la madre clamó por ayuda.